

JUAN GIL-ALBERT; DESDE UNA CALLE TRANQUILA

POR ALFONSO LÓPEZ GRADOLÍ

Juan Gil-Albert, desde una tranquila calle con naranjos, la señorial calle de Colón, unos antiguos y elegantes balcones que sugerían pasionados comentarios de mi madre: “en esa casa vive un escritor muy importante, un gran poeta, que se marchó de España al terminar la guerra”. (En mi familia, y luego he sabido por qué, se hablaba mucho de “la guerra”, “los rojos”, “el treinta y seis”). En Valencia, los niños acompañábamos a nuestros padres, “al centro”, al centro de la ciudad, a las tiendas, los cines, y la vuelta se hacía, casi obligatoriamente para los de mi casa, mi barrio, frente la casa del hombre que escribía libros, el poeta al que yo imaginaba escribiendo versos constantemente, sumergido entre papeles blancos, como un nadador con mar revuelta, entre la espuma de la orilla.

Nos pasaron unos años; quizá aprendimos algunas cosas: un poeta no escribía continuamente, de día y de noche, como Aleixandre narra en sus “Encuentros” que le imaginaba un aprendiz de poeta; no; Juan Gil-Albert era un escritor a caballo de dos generaciones (lo supimos unos años más tarde), la del 27 (Cernuda, Prados, Aleixandre, Alto-Taguirre), y la del 36 (Rosales, Panero, Miguel Hernández, Ridruejo, Serrano Plaja), generación perdida y recobrada por la importante antología de Luis Jiménez Martos, cuyo prólogo ha sido, para muchos, el primer anuncio de que aún vivía un gran poeta con libros inencontrables (las ediciones de “Misteriosa presencia” (1936) y “Candente horror” (1936) apenas tuvieron difusión (1).

Juan Gil-Albert abandona España en el año 39. Marcha primero a Francia, casa de los Sres. Book, como huésped escogido. Embarca para Méjico. Entre este país, y otros de Sudamérica, ocho años.

Un dato importante para la historia literaria, que no todos conocen: durante la guerra civil española, en su casa se había fundado la revista “Hora de España”, de la que fue colaborador y secretario. Sus redactores eran: Rafael Dieste, Manuel AltoTaguirre, Ramón Gaya y Antonio Sánchez-Barbudo. Los poemas de Juan Gil-Albert publicados en la revista se reunieron en un libro titulado “Son nombres ignorados” (Barcelona 1939). En “Hora de España” publicaron Antonio Machado, José Bergamín, Rafael Alberti, Dámaso Alonso, Julián Marías, Rosa Chacel, María Zambrano, Corpus Barga y tantos más.

Exilio en Méjico. En este país trabaja como secretario de “Taller”, la revista que dirige Octavio Paz, y colabora en “El hijo pródigo”, “Letras de Méjico” y “Cuadernos Americanos”. En Buenos Aires aparece “Las ilusiones, con los poemas del convaleciente” (1945), en ediciones Imán. Colabora en “Sur”, en la página literaria de “La Nación”. El poeta González-Carbalho dijo de “Las ilusiones”: “El libro, de riqueza desusada de temas, sostiene casi en su totalidad en esa zona aérea donde lo mental es vuela melódico”.

En el 47 vuelve a su Valencia, el último día de agosto, la tarde que murió Manolete. Edita en “Clan” su libro “Poemas. Carmina manu tremen ti ducere”, y en “Adonais”, el breve libro de sonetos “Concertar es amor”, un puñado de diamantes. Solamente esos bellísimos poemas, en España, en esos años, para los fieles degustadores de su poesía. Las

palabras de mi madre: “un gran poeta”. Pero, ¿dónde estaban sus libros, cómo podían encontrarse?

Y en su ciudad, el aislamiento. En ediciones privadas, “Intento de una catalogación valenciana. (Sobre Pedro de Valencia y su región)” (1955) y, en el mismo año “Contra el cine”, dos libros de ensayos. En 1961, en “Ediciones La caña gris”, su “Poesía” Tres años más tarde “Concierto en mi menor”. Y una obra auténtica, personal, una joya literaria “La trama inextricable”.

Ocnos publica en 1972, “Fuentes de la constancia”, una selección acertada y completa de su obra poética, de sus libros “Misteriosa presencia”, “Candente horror”, “Son nombres ignorados”, “Las ilusiones”, “El existir medita su corriente”, “Concertar es amor” y “Poesía”, todos estos publicados. Esta antología tiene en cuenta sus libros inéditos “Migajas del pan nuestro”, “Diálogos elementales”, “Impromptus” y “Verano, ardor, presencia”.

La aparición de “Fuentes...” canaliza hacia el creador una justa y creciente corriente de admiración, de reconocimiento. Transcribo solamente una opinión, la de Joaquín Marco, comentando en “La Vanguardia” la antología de la generación del 36 de Jiménez Martos, que ya mencionamos. Marco habla de una cumbre poética (cito de memoria), no menor probablemente que la de Rosales o Hernández, y añade: “esto suena ahora a herejía”.

“Fuentes de la constancia”: un libro tenso, luminoso, mediterráneo, lúcido. Ya pueden (esos escasos, seguros, exigentes, cautelosos lectores de poesía) leer un gran libro de versos.

Y ahora empiezan los “reconocimientos”. Muchos de los antólogos o gacetilleros que no le incluyeron en las selecciones, en sus listas de nombres en revistas (años cincuenta, sesenta), han visto ahora la excelente acogida crítica del libro de la colección Ocnos y le escriben quemantes cartas de elogio.

1973. Su ciudad natal, Alcoy, le dedica un entrañable homenaje. Páginas enteras en el diario local, “Ciudad” y, con motivo de una conferencia del poeta sobre Azorín, almuerzo con las autoridades, obligadas frases de elogio. Alcoy ha inaugurado un busto al maestro de Monóvar y el mismo día, ha recobrado un poeta que siempre amó su tierra, porque los versos de Juan están llenos de azul de mar, olor de campo, polen, mejillas suaves del almendro, campos con muchos verdes, la lenta tierra valenciana.

Un joven escritor alicantino, el más joven poeta alcoyano, Francisco Bernácer Valor, dice de él: “Gil-Albert, que va buscando las claves de su vida, su esencia, irreductible. Unas pocas preguntas le bastan para buscar en espiral bajo sus aguas vivas. Y un talante de abierta libertad preside todas sus opiniones. La literatura, la música, la pintura, forman el destejer de este poeta en busca de sus fuentes. Un pensamiento que encarna en primores y se expresa con las mil elegancias de su estilo”. (“Ciudad”, 11 de agosto de 1973).

Y la atención de los jóvenes. “Múrice” una joven y ya muy importante revista de poesía y crítica, quiere dedicarle un número homenaje. La idea es oportuna. Juan Gil-Albert, que no ha tenido premios, que ha sido excluido de antologías y selecciones más o menos parciales, merece esos estudios, esos poemas ilusionados de la apasionada revista juvenil, cuyo primer número prestigió con su emocionado recuerdo de Federico García Lorca.

Juan Gil-Albert. En su casa de Martí, 13 (cerámicas de Alcora, del XIX), copas venecianas del XVIII, porcelanas de Dresde, platos de Talavera del XVII, cristal de Bohemia del mismo siglo, y dos irrepetibles atardeceres firmados por Pedro de Valencia, su entrañable amigo), Juan Gil-Albert, que me enseña una revista italiana, “SETTANTA”, recién aparecida con la reproducción fotográfica de un homenaje a Cernuda, en el año 36, en la primavera, con los rostros de Alberti, Alexandre, García Lorca (una de sus últimas fotografías), Salinas, María Zambrano, Concha Méndez, Neruda, Bergamín, Altolaguirre, María Teresa León, una cena homenaje en un restorán cuyo nombre no recuerda Juan, “no, no era de los más conocidos, quizá lo sepa Alexandre, yo no”. Juan, en su casa de Valencia, a la que llegan los libros de los jóvenes, los que empiezan el solitario, hermoso, confuso, desgarrador oficio de escribir poesía.

—¿Cómo te sientes en Valencia?

—En Valencia lo he pasado mal y he acabado estando muy bien, sintiéndome muy bien. Lo he pasado mal porque me encontraba muy solo; no tenía más que un gran amigo de mi juventud, Pedro de Valencia. Luego, ha sido una generación, la de Paco Brines, la de César Simón, la que hizo que saliera de mi soledad bastantes años antes de que los críticos abrieran sus ojos o sus entendederas. Luego, habéis ido llegando los más jóvenes, Pedro de la Peña, tú, Guillermo Carnero, Jaime Siles, Pepe Piera, por no citar más que los más significativos, que me habéis rodeado de afecto y devuelto en mí la gana de vivir... en Valencia. Esto quiere decir que, además de unos amigos jóvenes, me había encontrado con un notable renacer de la poesía y esto tuve que alegrarme doblemente.

—¿Qué figura literaria crees que ahora es importante para los jóvenes?

—Sin llevar el agua a mi molino, la atención de los jóvenes debe pertenecernos, ahora, a nosotros; o sea, a los que, dadas las circunstancias (démole ese nombre modesto), tuvimos silencio y olvido. Pienso, por ejemplo, y dejo de nombrar a otros muchos, en la obra densa, concentrada, de minuciosa gestación, del novelista Manuel Andújar; pienso en la obra de dos grandes mujeres y amigas mías: Rosa Chacel y María Zambrano. Obra la de cada una de ellas, en altura y profundidad, redescubierta también en estos momentos como un astro que hubiera estado velado por una tormenta. También la creación crítica de Ramón Gaya, única en su género. Sí, tenéis que leerles, para que no os queden detrás unos agujeros que no podrán ser llenados nunca.

Juan Gil-Albert. Continuadamente. Desde una calle tranquila.

(1) Al estallar la guerra, toda la edición de "Misteriosa presencia" quedó en la imprenta de Manuel Altolaguirre, sin poder repartirse, excepto algunos ejemplares, que, no se sabe cómo, circularon entre amigos.

